

## ¿POR QUÉ NO HACEN CASO?

### NORMAS, CREENCIAS Y POLÍTICA EN CONTEXTO DE PANDEMIA

*Pablo Seman y Ariel Wilkis*

ESCUELA IDAES-UNSAM Y CONICET

#### RESUMEN

En el contexto de la pandemia la relación de la sociedad con la política (y con el gobierno) se anuda alrededor de las tensiones generadas por la expectativa de que la sociedad siga una normativa estatal (“la cuarentena”) y las posibilidades y voluntad de la sociedad y sus fragmentos para cumplir esta norma. Aquí proponemos argumentos sociológicos que intentan discernir las razones por la que no se sigue en todo momento la norma que propone el Estado y, sobre todo, que vectores operan en la formación del comportamiento de los ciudadanos y determinan el uso que se hace de la normativa estatal.

**Palabras clave:** Pandemia - Normas - Estado – Epidemiología - Ciencias Sociales

#### ABSTRACT

In the context of the pandemic, society's relationship with politics (and with the government) is tied around the tensions generated by the expectation that society will follow a state regulation (“quarantine”) and the possibilities and willingness to society and its fragments to meet this standard. Here we propose sociological arguments that try to discern the reasons why the norm proposed by the State is not followed at all times and, above all, which vectors operate in the formation of citizens' behavior and determine the use made of the norm state.

**Keywords:** pandemic – social norms - state – epidemiology - social sciences

Recibido: 30 de noviembre de 2020  
Aceptado: 15 de abril de 2021

#### PRESENTACIÓN

En el contexto de la pandemia la relación de la sociedad con la política (y con el gobierno) se anuda alrededor de las tensiones generadas por la expectativa de que la sociedad siga una normativa estatal (“la cuarentena”) y las posibilidades y voluntad de la sociedad y sus fragmentos para cumplir esta norma. A medida que transcurrió y transcurre el tiempo de las normas de aislamiento se acentúa un conflicto planteado en el inicio del mismo en torno de las medidas sanitarias y los sacrificios que implican y que contiene el conflicto de interpretaciones de la sociedad acerca de las reglas bajo las cuales es posible evitar los contagios. La política pública frente a la pandemia tiene una dimensión sociológica que implica ensanchar la mirada para entender que las pretensiones normativas del estado, incluso las epidemiológicas se dan siempre en un contexto y que de esa interacción nace un uso, la verdadera regla. **Aquí proponemos argumentos sociológicos que intentan discernir las razones por la que no se sigue en todo momento la norma que propone el Estado y, sobre todo, que vectores operan en la formación del comportamiento de los ciudadanos y determinan el uso que se hace de la normativa estatal. Para ello nos apoyamos** en dos premisas que nos permiten interpretar el material empírico recogido en observaciones, entrevistas y seguimientos de la prensa y las redes sociales durante el período en que rigió el ASPO en el AMBA.

1. Los comportamientos de los agentes tienen en el Estado tan solo una de las fuentes de normativización y no necesariamente la más determinante. **Por lo tanto, hay que tomar en cuenta el peso de las creencias previas y/o concurrentes a las que promueve el Estado y que pesan a la hora de interpretar acciones que entre otras características tienen el rasgo de no seguir o reinterpretar una norma sanitaria del Estado.** No llamamos creencias a unos saberes de segunda categoría sino que entendemos que las creencias son el resultado de cualquier comunicación más o menos eficaz. En ese sentido, el Estado forma creencias pero existen fuentes y circuitos alternativos al Estado. Por eso, hasta cierto punto, la pregunta que mejor interroga la cuestión debería ser la inversa (la que hace ver no solo lo que realmente sucede, sino también nuestro preconceito: por qué harían todos lo que propone el estado, sin más?). 2. Las personas no se comportan como “idiotas sanitarios”, incluso aquellas que nos parecen que lo son cuando toman riesgos o desafían de manera extrema las normas sanitarias. Las personas no solo están rechazando una regla. Están haciendo algo más: están usando estas normas para darle sentido a su contexto, expresando adhesiones a un orden simbólico, construyendo “micro-comunidad” o comunicando sus posiciones políticas. **Por lo tanto, hay que tomar muy en**

**serio todo lo que subyace al uso “epidemiológicamente incorrecto” de las normas de ASPO.**

Las razones oficiales y los usos sociales de la cuarentena no necesariamente coinciden. Esto, que parece minar las capacidades estatales, no puede ser interpretado como el negacionismo de los individuos sino como el funcionamiento sociopolítico de las normas. La categoría de negacionismo como categoría de análisis de la política pública corre el riesgo de volver al estado más ciego de lo que aparece al inicio de la ronda con el riesgo de tornar su acción más torpe y menos legítima. Si por un lado lleva a ignorar la lógica con que actúa la sociedad, por otro se distancia de ella y puede bajo este efecto aglutinar lo que no necesariamente está unido (aquellos que usan fragmentariamente, contradictoria o intermitente la norma y quienes activa y globalmente la rechazan). En definitiva: el realismo sociológico es el mejor principio de la acción política. A continuación nos referiremos a 6 cuestiones implicadas en este contrapunto entre sociedad, estado y ciencias sociales: los usos no estatales de la ciencia (I), las posiciones de acogida de la normatividad estatal (II), los argumentos de apropiación y rechazo de la normatividad pandémica (III y IV) la relación entre ciencias sociales, pandemia y epidemiología (V) y, finalmente, una bosquejo de las derivaciones prácticas de nuestra discusión (VI).

#### **UN USO NO ESTATAL DE LA CIENCIA**

Unas de las consecuencias de la iniciativa del gobierno nacional –coordinada con los gobiernos provinciales– de llevar adelante medidas como la ASPO fue la «popularización» del conocimiento epidemiológico. Esta es la primera crisis de la era democrática donde la voz experta autorizada que ocupa el espacio público no la toman los economistas sino los epidemiólogos o expertos sanitarios. Este modo de expertise organizaba, sobretudo al inicio de la pandemia, una conversación pública menos politizada. Los de cantidad de muertos, enfermos y test realizados son los números públicos que reemplazan a la cotización del dólar (1989) y al riesgo país (2001) para hacer inteligibles los acontecimientos de la crisis del Covid-19.

El enmarcamiento de la eficacia de la cuarentena y su seguimiento a lo largo del tiempo supuso una difusión constante de: explicaciones, tasas, números, índices, comparaciones internacionales y la centralidad pública de la voz autorizada de expertos. La circulación y

difusión supuso la apropiación de este conocimiento, su familiarización por parte de la sociedad. La política le habla a una sociedad que familiarizó el conocimiento epidemiológico y que lo hace suyo, lo recicla y le da otra operatividad.

Este conocimiento «a mano» establece un marco de evaluación de la política, en especial de los gobiernos. En la distancia entre el comportamiento pretendido por el estado y las reglas que podemos observar tal como se desarrollan median procesos de resignificación y relegitimación de interpretaciones que ganan cierta «autonomía» con respecto a la narrativa epidemiológica que propone la política, en especial el gobierno. Los agentes han incorporado activamente el conocimiento epidemiológico integrándolo a la vida cotidiana dando lugar a una epidemiología “popular” o “cotidiana” que es parte constitutiva de la vida real de la norma o mejor dicho ingrediente de la norma real y socialmente existente. Pero las cosas son mucho más complejas aún: los usos de esta información se dan en un contexto de significaciones y prácticas que permiten usos inesperados de la norma.

## **II. La subjetividad desde la casa**

Una de las fuentes de esa autonomía se encuentra en el plano más inmediato de reflexión de las personas: su casa, el lugar donde cada uno es alguien (un individuo y, al mismo tiempo miembro y o jefe de familia). Allí aflora un complejo de vivencias que implica un sentimiento que es al mismo tiempo de fragilidad, de adaptación y de empeño frente a la pandemia. La vida cotidiana, sus espacios materiales, los lazos primarios no son ajenos en la acción ni en las expectativas: la sensibilidad de los actores se forja desde ahí, se expresa desde esa configuración que es la sede de una actividad moral que preside las acciones económicas, sociales y políticas. La casa mucho más que una unidad sociodemográfica es fuente de representaciones y acción social tanto como es efecto de la vida social y política.

Cinco puntos para caracterizar este complejo que es una de las estructuras de acogida del discurso estatal que es la base de una actividad reflexiva y consciente y no una mera tara consuetudinaria.

a. La sincera admisión de que la epidemia es un fenómeno de una consistencia y una dinámica superior a la que pueda oponer cualquier agente. Incluso quienes están disconformes con el gobierno, o se definan como opositores desde siempre y salvo que hayan adoptado una posición de denuncia de la conspiración, entienden que la pandemia es un evento que supera a gobiernos y sociedades de los más diversos tipos.

b. La expectativa de que la duración de la crisis desatada por la pandemia tendrá una duración inusitada en comparación con otros malestares. La posibilidad de recuperar niveles de vida previos a la crisis resulta estimada en años por parte de las personas que entrevistamos que de ninguna manera sostienen ilusiones de recuperación rápida y, mucho menos, de alto nivel.

c. La práctica de ajustes del consumo, de las expectativas, de los planes de forma tal que para que cada nivel de ingresos y consumo posibles siempre es posible perder ingresos, prescindir de consumo, asumir males mayores que se supone que si no vinieron podrán sobrevenir.

d. El ejercicio de formas de objetivación, cálculo, proyección y autocontrol personal en una situación que se considera extraordinaria, extremadamente exigente de adaptaciones y de cambios. Las personas ven aflorar la crisis en sus vidas y asumen que no les queda otra cosa que gestionarla.

Ese contexto nutre de valores y sentimientos la demanda por aperturas o las rupturas más o menos controladas del aislamiento así como puede ser la base para un reclamo de “libertad” una vez que esos sentimientos son desconocidos o minimizados por el estado. Esta noción de sujeto es la que hay que tener como hipótesis del sujeto al que se dirige la interpelación de la política pública. En esa superficie la política sanitaria encuentra motores y obstáculos que debe reconocer para ser más eficaz. A continuación veremos que en esa superficie se enraizan creencias (representaciones y prácticas) que operan como alternativas a la pauta de conducta que propone el estado y que no pueden ser ignoradas.

### **III. Las creencias y la normativa estatal**

Por otro lado, hay una serie de creencias que se usan en la vida cotidiana y sostienen las conductas que atentan contra el cumplimiento de las medidas de higiene, salud, seguridad, que las personas deberían tomar para evitar el contagio del coronavirus. Las creencias no son afirmaciones indudables y no son afirmaciones que pretendan valer más allá de todas las circunstancias o en cualquier circunstancia. Surgen en la vida cotidiana, en diálogo con otros, son manipulables, tienen maleabilidad y flexibilidad y se puede decir una cosa o la contraria según con quién se dialoga o según el momento en que se dialoga con alguien. Las creencias son sistemas de significación que aparecen para nosotros, desprovistas de toda solidez cognitiva y de toda solidez en tanto mensaje que existe, porque nosotros creemos que la información que proveen los organismos oficiales es el único discurso

posible y en realidad esas realidades tienen una presencia incluso físicamente superior a la de la información oficial. Más aún: en algunos casos esas creencias tienen para los sujetos más prestigio y valor simbólico que la información oficial. Destacamos 4 de este tipo de creencias que inciden en el modo de rechazar parcial o totalmente la cuarentena.

**La economía moral de la proximidad:** desde ese punto de vista, distanciarse físicamente significa poner entre uno y el otro una distancia moral, una enemistad, una duda, tal vez una acusación (algo así como “¿pero qué piensas, que estoy enfermo, piensas que te voy a contagiar? ¿Que fui imprudente pero no me lo decís? El distanciamiento social es vivido o entendido o respondido como si fuese una desfraternización, una quita de la amistad. Entonces es más profundo, es más sutil y de cierta forma lo que está en juego es que la proximidad social como proximidad moral impone la obligación de estar cerca y la necesidad de justificar porqué uno se aleja. Esto funciona inversamente a las necesidades que derivan de las prácticas de salud.

**Las fuerzas superiores:** hay una segunda cuestión que se vincula totalmente a esto, que es la presencia de ideas relativas a circunstancias, seres, relaciones excepcionales que hacen que un sujeto vaya a tener más o menos probabilidades de detener el virus. Entonces vemos la idea de que cada uno tiene o puede tener un dios aparte o un dios propio, o su versión de dios o su versión de la suerte o de las fuerzas sobrenaturales. Esta idea acompaña a cada sujeto y en algunos grupos es una idea muy fuerte de que habría alguna excepcionalidad personal o grupal que hace que uno no esté tocado por la posibilidad de contagiarse.

**La estadística por mano propia y la relativización de la información oficial:** está presente en las prácticas el apoyo en la creencia en la aleatoriedad o supuesta aleatoriedad del contagio y la gravedad de la enfermedad. De la misma manera que hay mucha gente que dice que fumar no hace mal, porque conoce a una persona que fumó desde los 12 hasta los 98 años y se murió porque la pisó un camión, todo el mundo conoce o dice conocer casos donde los contagios no se produjeron de la forma en que teóricamente lo dice la información oficial ni con las consecuencias más graves : es decir con una probabilidad estadística mucho menor que la que los sujetos afirman a través de sus conocimientos personales. En esos casos la gente no hace estadísticas rigurosas, tampoco lo hacen algunos medios de comunicación y las de los organismos científicos (por lo novedoso de la situación, por la disparidad de criterios que se hace pública) resultan precarias o contradictorias y caen por lo tanto en el mismo conjunto de avales al

cuentapropismo estadístico para el que siempre hay un caso que avala la teoría de la aleatoriedad que se combina con las teorías de la excepcionalidad individual.

**La lógica de la insubordinación:** la invocación de una resistencia legítima a la autoridad, en tanto a la autoridad se le supone o un desconocimiento o una intención oculta o perjudicial. En apoyo a este rubro se encuentra la preferencia por la información alternativa, la distancia de las historias oficiales. Hay toda una serie de informaciones que, desde el punto de vista de los actores estatales podrían parecer ridículas, delirantes, enfermizas y que, sin embargo, para muchísima gente tienen estatuto de saber y de realidad mucho mayor que la que ninguno de nosotros se imagina. Existen muchísimas teorías de la conspiración que sostienen que lo del virus no es tan importante o que es una maniobra para manipular la situación de los sujetos. Todo el mundo moviliza a favor de su prejuicio esa distancia, pero más aún. **Así como se obedece al estado por tradición, porque el estado sabe lo que hace aunque yo no, existe la posición inversa: yo sé otra cosa, yo tengo una información especial.**

#### **IV. Los rechazos no epidemiológicos de la cuarentena**

Si bien los indicadores de movilidad recolectados por el *big data* pueden dar la idea que la sociedad sigue o no UNA norma, en realidad se puede hacer lo mismo (aceptar o rechazar parcial o totalmente la cuarentena) pero se están siguiendo diferentes normas de acuerdo con los contextos de significados que las personas le atribuyan.

Los usos de la información oficial en la formación de los comportamientos corresponde a ecuaciones que arman los actores conjugando saberes, restricciones, habilitaciones que identifican en su ambiente. Esos cálculos no desconocen, aunque tergiversen la información epidemiológica. La jerarquizan según secuencias de acción que implican otros valores en concurrencia y la necesidad de hacer adaptaciones situacionales.

Primero, se producen fraccionamientos de la cuarentena. Se realizan usos parciales, intermitentes o discontinuos de la norma.

Segundo, los usos pueden ser a menudo contradictorios. Estas contradicciones pueden ser individuales: usar el barbijo y no respetar la distancia social. Pero también pueden ser colectivas: en una familia, los más jóvenes o los varones pueden tener menos propensión de cumplir la cuarentena mientras que los adultos o las mujeres tienen una tendencia inversa.

Tercero, hay usos con significados múltiples. Su cumplimiento o incumplimiento no debe decodificarse como necesaria o automáticamente en clave grieta política so pena de ayudar a que se produzca ese efecto.

Cuarto, el rechazo parcial o total a la norma puede significar adhesiones a otras comunidades además de las políticas, como las religiosas o las generacionales. Los siguientes casos ejemplifican esas posibilidades, pero insistimos en que es necesario entender que ni siquiera ellos dan lugar por sí solos a una posición anti-gobierno.

El simbolismo anti cuidados se halla en diversas formas de imaginario cristiano apocalíptico que interpretan la situación como un engaño de los gobiernos y poderes ocultos aliados. A esa conspiración se le atribuyen tanto los problemas económicos como la falsa información destinada a distraer a los sujetos de los verdaderos sucesos. Aparecen también formas específicas que no tienen que ver con las teorías de la manipulación popular, que es la de la cosmología de la nueva era. Hay muchísima gente de clase media y media alta que sostiene que hay una conspiración mundial. Ya no al estilo de la que sostienen los evangélicos o la derecha acerca de Soros y el chip que le están por poner a las personas a través de la vacuna y Huawei y el G5, sino también de los poderes concentrados, del interés de la ciencia en sí misma, de los estados y su opacidad. Hay versiones que de alguna manera pretenden o intentan comulgar con una posición más pluralista en el espacio político y más, digamos, democrática, pero que también erosionan o cuestionan las políticas públicas en cuanto a salud. Para estas versiones los laboratorios, la biomedicina, la destrucción del ambiente, el capitalismo son factores comprometidos en el ocultamiento de la necesidad de un cambio de vida, verdadero remedio a la pandemia y sus verdaderas causas. Hay una serie enorme de material que circula por redes sociales donde están expuestas esas teorías que incluyen información científica alternativa que se expone como un llamado al “discurso único del estado”.

El rechazo puede ser la adhesión a una comunidad generacional. El vitalismo que sobre todo lo utilizan los jóvenes pero no solo ellos. Su enunciado es: no podemos tener miedo ante una cosa tan chiquita, no podemos tener miedo ante una cosa que no es tan generalizada. No podemos tener miedo ante una cosa que solo causa la muerte de los mayores. Un poco sobre la base de un recorte arbitrario de la información sobre quiénes son las víctimas mortales privilegiadas del virus, se saca una conclusión moral que se pone en juego toda vez que uno se expone o expone a otros.

## **V. Las ciencias sociales y la pandemia**

La pandemia convocó la imaginación política de los más variados tipos de intelectuales que vislumbraron en el horizonte grandes transformaciones. Cientistas sociales, economistas, ensayistas y periodistas propusieron caminos y horizontes. Entre los liberales economicistas estuvieron los que soñaron con que era una oportunidad más que perfecta para la exclusión: ciudades capaces de instaurar la selección de sujetos sanos. También se propusieron sueños de orden y seguridad. Así el adjetivo “iliberal”, con el que se identifica el presidente de Hungría para afirmar la prescindencia de segmentos enteros de la trama democrática. Otros soñaron con una especie de retorno de un *buen comunismo* por el fuero de la coordinación sanitaria y la emergencia o por el del reparto justo de las pérdidas o, también, el de la toma de conciencia acerca del modo de vida inviable en que estaríamos todos comprometidos. Parfraseando a Alejandro Galliano: muchos creyeron que el COVID lo cambiaba todo menos sus ideas previas en las que sería interpretado. *El COVID me confirma lo que pensaba*, parecieron decirnos.

Como sucede en la fábula de Esopo en la que el anuncio del parto de una criatura extraordinaria en los montes termina con el decepcionante alumbramiento de un ratón el contraste entre las expectativas proféticas y las realidades hace imposible ver que efectivamente hubo fenómenos notables en la reacción sanitaria de las sociedades. Por momentos el mundo se paralizó para salvar vidas. Sin embargo, no fue por las mejores razones que Occidente asumió un desafío para ocultar una revelación. La inversión social en cierres, investigaciones científicas y tecnológicas y estados de alarma pública que redimensionó las nociones de lo que podemos hacer y cómo podemos aproximarnos a los demás, y que estaba dirigida a la evitación del colapso de los sistemas sanitarios para salvar a los más vulnerables biológicamente, fue la forma de tapar con una mano una verdad refulgente como el sol: que para el capitalismo no todas las vidas valen lo mismo.

La situación de Argentina se inscribe en esa dinámica con su especificidad latinoamericana. El estado y la sociedad no están perfectamente intercomunicados. Y el estado muchas veces no tiene idea ni de las probabilidades existentes de que sus normas susciten obediencia ni de las consecuencias que tendrían tanto la aquiescencia como la falta de ella. En última instancia, el estado no capta lo desajustados que están sus mapas respecto de la sociedad *realmente existente*. Tampoco el estado sabe del grado de eficacia y operatividad de los instrumentos que posee y no solo porque los estados cambian menos rápido que las sociedades sino también, seamos justos, porque la pandemia configura una realidad hasta ahora desconocida y con una fuerza que potenció las distancias y las opacidades entre estado y sociedad.

Justamente es en este contexto que es preciso ponderar las posibilidades de intervención de las ciencias sociales y también las exigencias a las que debe acogerse esa intervención. Consideremos las ciencias sociales en una dimensión transversal y decisiva a todas ellas desde la sociología hasta la economía pasando por la antropología y las ciencias políticas. Esa dimensión interpretativa resulta clave a dos bandas. Por un lado, en relación a la posibilidad de recomponer una imagen actualizada y compleja de las sociedades que pueda ser útil a la política pública. Por otro lado, en relación a la necesidad de activar un contrapunto respecto de los puntos ciegos del estado. Solo como botón de muestra. Frente a la epidemiología que es una ciencia de estado que tiene supuestos sociológicos cabe preguntarse, ¿estamos seguros que dichos supuestos están ajustados a la realidad? Hemos recuperado la conciencia de que Estado y epidemiología componen una pareja fundante de nuestra vida social y es necesario, tal vez, hacer visible y rico ese vínculo. Pero el Estado y una ciencia que como la epidemiología le resulta constitutiva, ¿tenían claro cómo funcionaba la palabra oficial en la producción de una normatividad pandémica?: pregunta incómoda sobre esos puntos ciegos que ataron política, sociedad y normatividad sanitaria en estos largos meses de pandemia.

He aquí el lugar de las ciencias sociales para mediar entre el Estado y la sociedad: deben interpretar a la sociedad en su diversidad y en sus inercias poderosísimas y al Estado en sus ilusiones, en sus puntos ciegos. Y eso que implica dos modos de diálogo crítico muy diferentes. Por un lado, las ciencias sociales, sin ponerse por encima del muro ni dar rienda suelta a la autonomía interpretativa, deben habilitar, sin romantizarla, una palabra relativamente inhibida y plural como la de la sociedad. Y deben hacerlo de un modo que haga surgir incluso con toda su inteligibilidad las acciones y pasiones más irracionales. Es decir: el cientista social debe estar convencido de que la sociedad no entra en el tubo de ensayo de su propia idea. Por otro lado, las ciencias sociales no deben ofrecerle a los poderes públicos un modelo de la realidad en lugar de la sociedad realmente existente – incluso, o, fundamentalmente, cuando ella actúa de un modo ajeno a nuestros valores o expectativas– condena a las ciencias sociales pero también a la política a transitar un camino de impotencia. Pero las ciencias sociales también deben confrontar a una palabra fuerte como la del Estado. Palabra que para el cientista social resulta tanto más fuerte cuánto más coincide con su fe estatista y, hay que decirlo, la ciencia social también es una ciencia de Estado, que crece a su abrigo dando a luz productos que aspiran a ser un pensamiento del Estado. El mejor favor que pueden hacer las ciencias sociales a las políticas públicas es dilucidar las condiciones de posibilidad de aplicación de sus ideas y la

modulación de esas mismas ideas de acuerdo a un principio: hacer visible el campo de lo posible e imposible de la acción del estado.

Incentivadas por un gobierno que luego de la ofensiva neoliberal en el área de ciencia y técnica quiso revalorizar la universidad y la ciencia, las ciencias sociales interpretaron que la crisis pandémica era una oportunidad para hacerse valer. Pero esta tentativa no debe incurrir en la tentación profética que desde hace un siglo fue señalada por Max Weber como un abismo al que el espíritu de investigación debe sustraerse. La revalorización de las ciencias sociales está ligada a las condiciones de su propia existencia que no es otra que la experiencia democrática. Solo se pueden hacer ciencias sociales si la interrogación empírica y teórica se encuentra más acá de dos extremos que están más allá de la democracia. El día que los sujetos consistan solamente en un patrón de respuestas instaladas por los algoritmos que ellos mismos alimentan en su vida virtual la sociología podrá reducirse a un programa de *machine learning*. El día que el saber y el poder estén unificados en una sola instancia tampoco será posible hacer ciencias sociales.

Las ciencias sociales no son el último y decisivo intérprete, las curadoras de la sociedad entendiendo a esta como un orden portador de determinismos exactos que contiene a todos los demás determinismos como lo soñaba el fundador de la sociología Augusto Comte. Y esto no significa que las ciencias sociales no puedan asumir compromisos valorativos sino más bien que la mejor ayuda que pueden ofrecerle a esos compromisos es la de reconocer de forma realista las condiciones de su implementación. Describir las relaciones heterogéneas, fragmentadas, subversivas que los sujetos mantienen con la norma propuesta por el Estado no es alentar esas relaciones. Esa es una distinción básica e histórica en las ciencias sociales en la que comprender motivos no es justificarlos (en alemán existen palabras para distinguir las dos posibilidades de la expresión comprender).

Los científicos sociales no son los médicos de las sociedades ni siquiera, o muy fundamentalmente, en el caso de una epidemia, que no es de ninguna manera un fenómeno que pueda acotarse al plano de lo puramente biológico y que tiene en las prácticas sociales tanto las posibilidades de su expansión como las de su moderación. Pero ocurre que las sociedades existen en conflicto y, por lo tanto, es muy difícil hacer los acuerdos globales, absolutos y duraderos que pondrían fin a la pandemia. No se puede negar el desperfecto entre la normatividad del estado y la reflexividad de la sociedad, el hecho que no coinciden el punto de vista del poder público con los puntos de vista desperdigados por la sociedad, sin violentar las premisas de las ciencias sociales. Y es

justamente por esta consistencia de lo social que las ciencias sociales tienen que intervenir como habilitadoras del diálogo que le permitan al Estado y a la sociedad civil acciones necesariamente subóptimas, ya que en ningún caso regirá el valor de salvar absolutamente todas las vidas a cualquier costo. Si las ciencias sociales evitan esa dificultad quedan en el lugar del hombre que le grita a una nube cuando lo que se necesita que acompañen la reflexividad de la sociedad para poder apuntalar la del estado.

#### **VI. ¿Qué aprender? ¿Qué hacer?**

A diferencia de los epidemiólogos, la sociedad no tiene un conocimiento teórico sobre la cuarentena sino práctico (y con esto tampoco afirmamos que el primero sea más válido que el segundo). La sociedad se apropia de la cuarentena desde la experiencia no desde el experimento. En este proceso la variable temporal es clave en una dirección bien precisa: el cómo pasa a ser parte del porqué. A medida que pasa el tiempo la experiencia de la cuarentena –cómo se la vive y significa– provee elementos poderosos para explicar *por qué* se sigue o no esta norma. A fines del mes de marzo de 2020, la sociedad no tenía la experiencia y, por lo tanto, tendía a seguir las razones de la cuarentena (los por qué) que las autoridades políticas apoyadas en el conocimiento de los expertos les proveía. Pero a medida que el tiempo pasaba la sociedad iba teniendo “sus” experiencias de la cuarentena y podía sumar o restar sus cómo vivía la cuarentena a los por qué que la política ofertaba. En la vida social, las experiencias de “primera mano” cuentan, y mucho. Estas experiencias que tienen la eficacia de no ser experimentos, es decir, no pueden ser descartadas, expresan cómo efectivamente se vive, siente y piensa a la cuarentena, por eso alimentan las razones de su por qué se la sigue o no. Las experiencias de la sociedad no pueden ser descartadas, desconocidas, rechazadas ni negadas. Sino comprendidas. Porque ella misma está inmersa en un proceso continuo de interpretación sobre los modos de seguir o no una norma social.

*¿Qué podemos aprender de este proceso?*

1. Las razones oficiales y los usos sociales de la cuarentena no necesariamente coinciden.
2. La política le habla a una sociedad que familiarizó el conocimiento epidemiológico y que lo hace suyo, lo recicla y le da otra operatividad.

3. La sociedad recibe las normas sanitarias en el marco de supuesto previos que son movilizados para interpretarlas y usarlas.
4. Las personas no se comportan como “idiotas sanitarios”. Con la norma de cuarentena hacen muchas más cosas además de aceptar o rechazar una prescripción epidemiológica.
5. La sociedad ha elaborado poderosas razones, en base a su experiencia, porque sigue o no la norma de la cuarentena.

*¿Qué podemos hacer?*

– **Superar interpretaciones que distancian a la política de la sociedad. Nada que acuse a la sociedad o fragmento de ella puede ganar su adhesión y en cambio puede activar el espíritu de insubordinación que se legitima en el valor libertad con el efecto no deseado de aglutinar a quienes usan fragmentariamente la norma con aquellos que la rechazan activa y globalmente. Nuestras ideas se sitúan en el terreno de la construcción discursiva de las acciones de prevención.**

– Actuar el cuidado y el acompañamiento en el territorio.

– **Dar lugar a representaciones más realistas de la sociedad y no tan “heroicas” (sobre lo que hizo, lo que logró, lo que no se pudo hacer, lo que se hace de manera parcial, lo que se hace de manera contradictoria).** Identificar que la sociedad expresa grados variables de aceptación, cumplimiento y rechazo de la cuarentena.

– Dar lugar a una escena en la que el estado camina adelante, pero a la misma altura. Acompaña el dolor, provee para el cuidado, alienta en el desaliento, sugiere un horizonte de mejoras.

– Subrayar que el modo de funcionamiento de la cuarentena no es una rareza con respecto a otras normas estatales.

– **Representar y valorar los modos de seguir la cuarentena y de atravesar la crisis.**

– **Dar voz a las demandas de apertura para contenerlas, racionalizarlas jerarquizarlas.**

En primer lugar, ubicaremos a la región en relación con el envejecimiento demográfico; en segundo lugar, realizaremos un recorrido por la definición de acciones y políticas en el

ámbito de los entornos físicos y luego introduciremos un análisis específico de los documentos más recientes en materia de acciones concretas para generar en las ciudades iniciativas que contemplen el desarrollo.